

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

A la sombra de las muchachas en flor
A la busca del tiempo perdido, II

el paseo | central, 27

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

MARCEL PROUST

**A la sombra
de las muchachas
en flor**

A la busca del tiempo perdido, II

Edición anotada y puesta al día
de Mauro Armíño

el paseo, 2022

Título original: *À la recherche du temps perdu*
À l'ombre des jeunes filles en fleurs

© de la traducción, prólogo y notas: Mauro Armiño, 2022

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2022

www.elpaseoeditorial.com

1.ª edición: octubre de 2022

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés (sputnix.es)

Corrección: César de Bordons Ortiz

Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. (OBRA COMPLETA) 978-84-19188-07-6

I.S.B.N. (PRIMER VOLUMEN) 978-84-19188-09-0

DEPÓSITO LEGAL: SE-1860-2022

CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España

Contenido

A la sombra de las muchachas en flor
(*A la busca del tiempo perdido*, II)

PRIMERA PARTE. En torno a Mme. Swann	11
SEGUNDA PARTE. Nombres de países: el país	253
RESUMEN	595

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

A la sombra de las muchachas en flor

A la busca del tiempo perdido, II

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

PRIMERA PARTE

En torno a Mme. Swann

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Cuando se trató de invitar a cenar por primera vez al señor de Norpois, tras lamentar mi madre que el profesor Cottard estuviera de viaje y que ella misma hubiese dejado de tratar a Swann por completo, pues ambos hubieran interesado sin duda al antiguo embajador, mi padre respondió que un invitado eminente, un sabio ilustre como Cottard, nunca podía desentonar en una cena, pero que Swann, con aquella ostentación suya, con su forma de proclamar a los cuatro vientos sus relaciones más nimias, era un vulgar farolero que el marqués de Norpois habría encontrado sin duda, según su expresión, «pestilente». Pero esta respuesta de mi padre exige unas palabras de explicación, porque ciertas personas tal vez se acuerden de un Cottard decididamente mediocre y de un Swann capaz de llevar hasta la delicadeza más extrema, en materia mundana, la modestia y la discreción. Pero por lo que a este se refiere, había ocurrido que el antiguo amigo de mis padres había añadido al «Swann hijo» y también al Swann del Jockey¹ una personalidad nueva (y que no debía ser la última), la de marido de Odette. Adaptando a las humildes condiciones de esta mujer el instinto, el deseo y la habilidad que siempre había tenido, se las había ingeniado para labrarse, muy por debajo de la antigua, una posición nueva y apropiada a la compañera que la ocuparía a su lado. Y en ella se mostraba un hombre distinto. Como (a pesar de seguir relacionándose en solitario con sus amigos personales, sin pretender imponerles la presencia de Odette salvo que de forma espontánea le pidiesen conocerla) era una segunda vida lo que empezaba, en común con su mujer, en medio de seres nuevos, también hubiera sido comprensible que para medir el rango de estos, y por consiguiente la satisfacción de amor propio que po-

¹ El Jockey-Club (*Por la parte de Swann*, nota 7, pág. 20) suponía la cima del éxito social de sus miembros. Charles Haas, uno de los modelos de Swann, era, con los Rothschild, el único miembro judío de ese círculo aristocrático.

día sentir al recibirlos, se hubiera servido, como punto de comparación, no de las personas más brillantes que formaban su círculo antes de casarse, sino de las relaciones anteriores de Odette. Pero, aunque se sabía que era con funcionarios sin ninguna elegancia, con mujeres de reputación manchada, ornato de los bailes ministeriales, con quienes deseaba relacionarse, se sorprendían al oírle pregonar muy alto, a él, que en el pasado e incluso todavía hoy disimulaba con tanta gracia una invitación de Twickenham² o de Buckingham Palace³, que la esposa de un jefe de gabinete había ido a visitar a Mme. Swann. Tal vez se diga que esto se debía a que la sencillez del Swann elegante solo había sido en él una forma más refinada de la vanidad y que, como ciertos israelitas, el antiguo amigo de mis padres había podido presentar uno tras otro los sucesivos estados por los que habían pasado los de su raza, desde el esnobismo más ingenuo y la zafiedad más grosera hasta la más exquisita de las cortesías. Pero la principal razón, y esta puede aplicarse a la humanidad en general, era que nuestras virtudes mismas no son una cosa libre, flotante, cuya disponibilidad conservamos de forma permanente; acaban por asociarse de forma tan estrecha en nuestro espíritu a las acciones por las que nos hemos hecho un deber de ejercerlas que, si nos surge una actividad de otro tipo, nos pilla desprevenidos y sin que nos roce siquiera la idea de que esta pueda implicar la puesta en práctica de esas mismas virtudes. Swann, solícito con aquellas nuevas amistades y citándolas con orgullo, era como esos grandes artistas modestos o generosos que, si al final de su vida empiezan a dedicarse a la cocina o a la jardinería, manifiestan una ingenua satisfacción ante las alabanzas tributadas a sus platos o a sus arriates sin admitir la menor crítica cuando fácilmente la aceptan tratándose de sus obras maestras; o bien como esos que dan por nada una de sus telas, pero en cambio no pueden perder sin enfadarse cuarenta céntimos al dominó.

² Como Swann, Charles Haas mantuvo relaciones amistosas con Luis Felipe de Orléans, conde de París (1838-1894) y pretendiente al trono francés con el nombre de Felipe VII, que vivió en Twickenham hasta 1871. Véase *Por la parte de Swann*, nota 14, pág. 24.

³ Residencia londinense de la familia real inglesa, situada en St. James Park.

En cuanto al profesor Cottard, volveremos a verlo, largo y tendido, mucho más adelante, en casa de la Patrona, en el castillo de la Raspelière⁴. Sobre él, baste por ahora hacer observar ante todo lo siguiente: en el caso de Swann, en rigor, el cambio puede sorprender porque ya se había cumplido sin que yo lo sospechase cuando veía al padre de Gilberte en los Campos Elíseos, donde por lo demás al no dirigirme la palabra no podía exhibir ante mí sus relaciones políticas (cierto que, de haberlo hecho, tal vez yo no me hubiera dado cuenta enseguida de su vanidad, porque la idea que nos hemos hecho hace tiempo de una persona tapa los ojos y los oídos; durante tres años mi madre no se fijó en la pintura que una de sus sobrinas se ponía en los labios como si hubiera estado invisiblemente disuelta por completo en un líquido; hasta el día en que una parcela suplementaria, o alguna otra causa provocó el fenómeno llamado sobresaturación; toda la pintura no vista cristalizó y ante aquella repentina orgía de colores mi madre declaró como se hubiera hecho en Combray que era una vergüenza y puso fin casi por completo a toda relación con su sobrina). Pero en el caso de Cottard, por el contrario, ya estaba bastante lejos la época en que se le vio asistir a los comienzos de Swann en casa de los Verdurin; y los honores, los títulos oficiales vienen con los años. En segundo lugar, se puede ser inculto, hacer retruécanos estúpidos, y poseer un talento particular que ninguna cultura general suple, como el talento del gran estratega o del gran clínico. En efecto no era solo como a un médico oscuro, convertido, a la larga, en celebridad europea, como sus colegas consideraban a Cottard. Entre los jóvenes médicos, los más inteligentes declararon –al menos durante algunos años, pues las modas cambian por haber nacido ellas mismas de la necesidad de cambio– que, de caer alguna vez enfermos, Cottard era el único maestro a quien confiarían su pellejo. Preferían sin duda el trato de ciertos jefes más cultos, más artistas, con los que podían hablar de Nietzsche, de Wagner.

⁴ Son los asiduos del salón de Mme. Verdurin los que dan a esta el apelativo de «la Patrona». En *Sodoma y Gomorra* (II parte, capítulo II) los Cottard asisten a una velada en el castillo de la Raspelière, situado en la costa normanda y alquilado por los Verdurin al señor de Cambremer.